

PALABRAS
por Juan Pablo Heras

(Padre e hija, dispuestos en lugares bien diferenciados en el escenario)

(Frontal. Siempre dirigido a un interlocutor invisible)

PADRE: Lo que necesito es una palabra. Una palabra. Con eso me quedaría tranquilo. Hay una palabra para el hijo que pierde a sus padres. Hay una palabra para el hombre que pierde a su mujer. Pero no soy huérfano, ni viudo. ¿Por qué no hay una palabra para el padre que ha perdido a su hija?

(Frontal. Siempre al público)

HIJA: Llevo siempre el reloj adelantado. Diez minutos. Es el único consejo que me dio mi padre: “no seas tan impuntual como yo, hija. Nunca lo seas”. Y no acertó. Ahora soy muy impuntual. Porque llego siempre demasiado pronto.

PADRE: ¿No? ¿No puede darme usted una palabra? Para quedarme tranquilo. ¿Y a usted le llaman psicólogo? No, no quiero un calmante. Quiero una palabra.

HIJA: Mi madre siempre se lo recordaba. Cuando mi padre llegó al hospital, yo ya había nacido. Siempre se lo recordaba en mitad de cualquier discusión. Quizá porque mi madre sabía que aquello era lo único que él no sería capaz de discutir. Ni siquiera cuando llegó el divorcio.

PADRE: Se lo contaré. Se lo contaré si quiere. Pero sólo para que se calle.

HIJA: Mi infancia es el recuerdo de dos barbas. En el verano la de mi padre. En el invierno, la de Papá Noel, que era de verdad, no como las de otros. Lo que yo me preguntaba entonces es si mi padre visitaba a otros niños el resto del año.

PADRE: Supongo que usted ya lo sabe todo. No, no hace falta que me lo diga. Quiere que lo cuente con mi propia voz. En eso consiste la terapia. Bien. Lo contaré. Decidimos quedar temprano. Para aprovechar el día y las horas de sol. No quería que nos pasara lo de siempre que íbamos a la montaña. Eso de que se hiciera de noche y no pudiéramos volver. Por una vez.

HIJA: Mi madre consiguió que las visitas de mi padre se limitaran al verano. Bastaron un par de fines de semana en los que incumplió su deber de recogerme. Mi madre esperaba una hora, dos horas, tres horas, y luego nos íbamos a casa de la abuela. A la vuelta siempre

había una nota de mi padre en la puerta, disculpándose por el retraso. Y mientras yo imaginaba a mi padre pisando el acelerador de la nave espacial, o saltando de liana en liana como Tarzán, para no llegar tarde a recogerme.

PADRE: Tenía el coche en el taller y no podía ir a buscarla. Así que le pedí que viniera al centro en tren. Muy ecológico, ¿verdad?

HIJA: Cuando llegó la hora de los berrinches adolescentes, amenazaba a mi madre con escaparme y con irme a vivir con papá. Lo hacía porque sabía que era lo único que mi madre no sería capaz de discutir.

PADRE: Llamé a mi hija el día antes. Al móvil. Qué gran invento, ¿eh? Desde que mi hija tuvo móvil, ya nunca tuve que cruzarme con su madre, ni en la puerta ni en el teléfono. Con el móvil podía hablar con mi hija en un espacio nuestro, propio, que no estaba en ningún sitio salvo en el aire por el que cruzan esas ondas que llevan las palabras. ¿No es un milagro? Palabras que vuelan por el aire...

HIJA: Mi madre accedió a que mi padre me visitara más a menudo. Íbamos a la sierra, un domingo sí y otro no. Pero siempre se nos hacía tarde y llegaba la noche. Y un día no supimos volver.

PADRE: La llamé, y esta vez con tiempo, y le dije esa hora tan temprana. Ya sabe a qué hora me refiero, ¿también se lo tengo que especificar? Salió en todos los periódicos, joder...

HIJA: La noche en mitad de la sierra se convirtió un laberinto. Conseguimos llamar a los bomberos con los últimos segundos de batería del móvil. Qué gran invento, el móvil. Luego buscamos un sitio alto en el que nos pudieran ver si venían a buscarnos. Esperamos durante horas, porque los bomberos también llegaban tarde. Me abracé fuerte a mi padre y cerré los ojos.

PADRE: Lo que usted no sabe es que yo no soy un buen padre.

HIJA: Los bomberos nos encontraron, pero mi padre perdió la custodia por completo. Le prohibieron pasar un solo minuto conmigo. Pero esta vez no nos dejamos ver. Nos escondimos y encontramos días para vernos. En secreto, en el centro de Madrid, saliendo temprano y volviendo a la hora de comer, justo en las horas en las que mi madre pensaba que estaba en el instituto.

PADRE: Yo soy un padre nefasto.

HIJA: Mi madre tenía razón. En todo. Incluso en que no tenía razones para querer a mi padre. Y es cierto. No se me ocurre qué razones podría tener. Pero qué le voy a hacer si al fin y al cabo le quería.

PADRE: Quedamos a esa hora. (*Pausa*) En Atocha, claro. De allí salen los trenes para la sierra. Esta vez quise ser puntual. Mi hija no es como yo. Llega siempre diez minutos antes porque lleva el reloj diez minutos adelantado. No sé qué clase de cretino le dijo que hiciera eso. Pero no es tonta. Cuando queda conmigo, sólo cuando es *conmigo*, llega tarde. Diez minutos. Porque sabe que yo me retrasaré mucho más. Pero esta vez le dije que no, que sería puntual. Que llegaría a la hora. Incluso le dije que llegara con diez minutos de adelanto, como hace con todo el mundo. Con esa impuntualidad hacia delante.

Si quieres leer más (falta una página), solicita el texto completo a la
Agencia L&L a través del e-mail hola@lylagencia.com